

## El sujeto del inconciente \*

Serge Leclaire

Vamos a hablar del sujeto, del sujeto del inconciente.

En el lenguaje común hay un gesto que se hace a menudo para acompañar al *je*, al *moi*, gesto de golpear sobre si mismo: se toca el cuerpo, el propio cuerpo. Y en francés la expresión *moi le* es intraducible e implica una duplicación de esa afirmación de *je* como unidad relacionada con la indivisión del cuerpo.

Eso nos plantea de inmediato una interrogante que concierne al cuerpo. Ese cuerpo al que designamos diciendo *moi*, ¿qué cuerpo es? ¿Acaso es el cuerpo de los anatomistas o de los fisiólogos, o acaso el cuerpo que hemos concebido desde el punto de vista psicoanalítico como organización significativa? Detengámonos un instante en esta distinción. El cuerpo de los científicos, el cuerpo de los médicos, también es una organización significativa. Una organización significativa muy coherente que se divide incluso en diferentes discursos> precisamente el discurso de la anatomía, de la fisiología, de la bioquímica, eventualmente el discurso genético. Es decir que hay diferentes modos de enfocar lo que comprobamos como realidad del cuerpo, pero no sé si en la Facultad de Medicina, en ese discurso sobre el cuerpo, hay algún lugar para algo que sería ¡a pulsión. A lo sumo se oye hablar de instinto genésico. Lo que caracteriza, en mi opinión, al cuerpo enfocado desde un punto de vista científico objetivo es el hecho de que se trata efectivamente de un cuerpo capturado en una organización significativa, pero esta organización

---

\* Versión de su conferencia en la A.P.U. cuando su visita a Montevideo, noviembre de 1975.

significante no toma en cuenta lo que el psicoanálisis descubre, es decir la pulsión o, si ustedes quieren, el deseo. En la Facultad de Medicina no se aprende nada sobre el deseo y cuando se envía un paciente a un médico por trastornos de la potencia sexual, busca causas orgánicas, es decir que se refiere a una organización significativa que ordena el cuerpo como una cierta forma de máquina, pero en la que la pulsión no tiene lugar alguno. Se trata de algo dejado de lado. El sexo es abordado desde el punto de vista anatómico, fisiológico, bioquímico, genético.

Este es un punto de vista que determina una cierta forma de cuerpo, al que podría designarse el cuerpo de la realidad corriente.

No creo que se deba considerar que esto carece de interés o de objeto. Se trata de una ciencia. Se trata de un discurso coherente acerca del cuerpo. Ustedes saben que en el transcurso de la historia ese discurso sobre el cuerpo ha cambiado y basta con mirar dibujos de anatomía de la Edad Media, incluso en el límite de la época de Leonardo da Vinci, para poder comprobar que la organización significativa que se observa en los dibujos, era en ciertos aspectos diferente de lo que hemos aprendido a conocer en la actualidad, lo que subraya perfectamente el hecho de que el cuerpo incluso desde un punto de vista objetivo científico, es ya una organización significativa, es decir que está capturado en un sistema de discurso que es un discurso de tipo científico.

Pero a partir del momento en que realizamos un trabajo analítico, estamos obligados a comprobar que el esquema anatómico, incluso el más moderno, no corresponde en absoluto a lo que vemos en nuestro trabajo de disección. Lo que aparece es una organización diferente. Una organización que a primera vista parece fantástica y que desafía las leyes de la anatomía. Saben ustedes perfectamente que se puede tener un ojo en la punta del dedo o que los ojos pueden comer. No es posible decir eso a un profesor de la Facultad de Medicina, porque él dirá que uno sueña. Sin embargo el análisis nos lleva a comprobar esto, que es nuestro modo de disección, pero se trata de una disección in vivo.

Entonces yo realizo esta distinción para recordarles lo que ya les había

dicho, a saber que el cuerpo para nosotros, analistas, es un cuerpo que hay que dibujar; que todavía no hemos hecho el tratado de anatomía libidinal, es decir, quizás el único que lo hizo fue Hans Velmer.

Sin embargo es eso lo que constituye una parte de nuestro trabajo analítico. Tenemos que imponer en forma progresiva la idea de que además del cuerpo del discurso médico y mucho más importante que él, existe de un modo totalmente real el cuerpo de la realidad pulsional. Entonces reencontramos nuestro problema inicial; cuando se dice *moi* y uno toca su corazón, o de un modo más vulgar, tal como se lo observa en particular en Italia, ese *moi* se designa llevando la mano hacia el sexo. De esta forma está abierta la interrogante de saber dónde se encuentra ese *moi*.

Sin duda el cuerpo del discurso científico existe, pero a menos de ser muy perverso, *moi* no está allí, quiero decir, no está en el cuerpo del discurso científico objetivo. Más bien se encontraría del lado del discurso acerca del cuerpo pulsional, de la organización significativa libidinal. Creo que en lo que a este respecto se refiere todos coincidimos.

Se plantea ahora la interrogante de saber quién puede decir *je*, desde dónde algo puede decir *je*, a partir de esta organización significativa libidinal. Acaso *je* es simplemente el centro de la fantasía o —como dice Freud— el ombligo del sueño; ya que pensamos siempre que *je* designa un punto en el que algo se reagrupa, a partir de lo cual la diversidad se organiza y se unifica. ¿Pero acaso nuestra experiencia no señala claramente que existe un sujeto de ese tipo en la fantasía? Comúnmente la fantasía se formula a nivel gramatical, más bien por la puesta en juego de un sujeto impersonal: “se pega a un niño”. Pero ¿cuál es el sujeto de la acción? En cierto modo es cambiante. Es tal persona, tal otra o tal otra. Sin que se pueda lograr detener el cuestionamiento en algún personaje en particular. Incluso si nos detenemos en el análisis de una fantasía, en el personaje del padre o del abuelo o de un tío, la formulación de la fantasía textual, tal como Freud la deslinda, hace aparecer un sujeto totalmente impersonal. El personaje del sujeto que sueña o fantasea, puede intervenir también en el lugar de ese “se” de la fantasía. Pero está lejos de ser la regla.

Lo que ocurre en la fantasía es una puesta en escena en la que el sujeto no es necesariamente uno de los actores, lo que se nos aparece es que a lo sumo es el que pone en escena la fantasía. Pero tampoco es absolutamente necesario. Quiero decir que no es esto lo que aparece en el texto de la fantasía o del sueño. Todo ello para decirles que el problema del sujeto es un problema importante, ya que en nuestro modo de hablar —*je* o tú, o *¿il* o él— la puesta en juego del sujeto surge permanentemente; pero se plantea constantemente el problema de cómo situarlo en esa organización significativa que es la organización significativa inconciente, ya que a través de la fantasía, es decir a través de ese compromiso, de esa formación de compromiso, es pese a todo el discurso inconciente, es decir la organización significativa inconciente, lo que nos es propuesto y al mismo tiempo ocultado.

¿Cómo concebir entonces en e<sup>1</sup> discurso del inconciente la función del sujeto o, en forma metafórica, su lugar? Digo bien que se trata de una expresión metafórica ya que el espacio del inconciente no se corresponde con nuestras representaciones del espacio, ni tampoco el tiempo del inconciente funciona como el tiempo de nuestra experiencia conciente. El tiempo del inconciente es algo que va adelante, atrás, que está siempre ahí, que desaparece, en el que no es posible situarse tal como uno puede hacerlo en el tiempo que es medido por el reloj. En la historia del inconciente, si así puede decirse, todo está ahí desde siempre y lo que acontece no es más que la realización de algo que ya estaba ahí. Eso es lo que Freud describe con el concepto de la realización a posteriori. Cuando hablamos así de “lugar del sujeto”, es una especie de metáfora al revés, ya que propiamente hablando no hay lugar o ámbito en el espacio del inconciente.

Ahora tenemos que dar un paso más y retomar aquello de lo que ya habíamos hablado, es decir, cómo se produce esa organización significativa inconciente. A propósito del falo y de la castración, habíamos comenzado a hablar de la huella mnémica inconciente, es decir, a poner de manifiesto a este elemento que constituye el discurso del inconciente y que constituye también el cuerpo en el sentido inconciente del término, ya que el cuerpo es también una organización significativa inconciente. Pero después de haber insistido en el

status difícil de representar de la huella mnémica inconciente, nos vimos llevados a tomar en consideración lo que siempre quedaba de lado debido al hecho mismo de la huella mnémica inconciente, es decir el objeto a que queda a partir del momento en que una traza o un significante es marcado.

En el capítulo IV de mi libro, \* saben ustedes que tomo como ejemplo de esta determinación significativa a las notas de música, observándose allí perfectamente que cada nota deja caer lo que se encuentra entre los intervalos. Ese es todo el ámbito del objeto, es decir, de lo que es dejado de lado. También podríamos retomar la imagen que había surgido ayer del texto o de la trama de un tejido y decir que lo dejado de lado es lo que se encuentra en el intervalo de los entrecruzamientos. Sin duda eso puede desplazarse, ya que basta con pasar entre las mallas del entrecruzamiento de los tejidos otro hilo de otro color —para retomar la historia del hilo rojo—, pero eso no impedirá que siempre queden intervalos. Aun si el tejido es muy apretado, habrá siempre espacios en la trama y esos espacios o agujeros existen sólo en la medida que el texto está tejido. Tal es el campo del objeto.

Lo que les propongo es sólo una imagen, ya que también en este caso yo me refiero a un sistema espacial o a un sistema topológico, es decir a la textura de una superficie, que es una representación que podemos hacernos del entrecruzamiento de las cadenas significantes inconcientes. Eso no quiere decir que ellas ocupen un lugar en el espacio o que se asemejen a un tejido. Es sólo una imagen, pero lo que esta comparación o esta imagen nos revela es que a partir del momento en que existe una organización significativa inconciente, al mismo tiempo existe algo que es dejado de lado en esta organización; y que si designamos a esta organización significativa inconciente como cuerpo libidinal, existe al mismo tiempo otro cuerpo, es decir, otro cuerpo es nuestro doble.

Yo no sé si ya encontraron alguna vez a vuestro doble. Pero encontrar al doble de uno es algo así como encontrar a su fantasma, es decir precisamente

---

\* N. de R.: Se refiere a *On tue un enfant*. Ed. du Seuil, París, 1975

algo de lo que no se ve aparecer, la estructura del cuerpo. Precisamente al fantasma se lo imagina como transparente, inconsistente y sin textura, como una especie de luz que ni siquiera vendría de él, una especie de forma de sombra que sería iluminada por otra cosa o todavía como nuestra sombra, en relación con la historia de ese hombre que había perdido la suya.

El cuerpo, si realmente nos interrogamos acerca de lo que es, sólo camina con su doble. Y ese doble podemos decir que está constituido por todo lo que es dejado de lado por la trama, No es posible concebir una organización significativa, es decir su resto de objeto, siendo allí donde aparece o desaparece, en el conjunto de los agujeros de esa trama, nuestro doble. El doble tiene una vida dura. Me refiero a que es difícil matar a un fantasma, que es imposible suprimir la propia sombra, que considerado desde el punto de vista estructural reecontramos la fuerza real del objeto, que precisamente es lo que ha escapado a la aprehensión significativa y que cuanto más escapa una cosa, más se impone como el lugar en el que hay mayor fuerza, ya que se trata de aquello que no es posible controlar, es lo que no es posible inscribir, fijar, en cierto modo.

Creo que se olvida en demasía a nuestro doble. No es sólo un ángel guardián, es realmente un fantasma todopoderoso, ya que es allí, en el doble, donde encontraremos propiamente hablando ese cuerpo objetal. Y es de allí de donde partirá toda la fuerza de las pulsiones. O, para ser más precisos, es por allí por donde irá toda la fuerza de las pulsiones.

Les planteaba recién la interrogante de saber si ustedes ya habían encontrado su doble. Cuando uno encuentra a su doble —imaginemos— y dice después, “he encontrado mi doble”, dice algo que carece totalmente de sentido, porque, ¿dónde está *je*? *le* está entre los dos. *Je* es lo que separa nuestro cuerpo significativo inconciente de nuestro doble. Y saben ustedes que no hay nada más significativo o inquietante que encontrar al propio doble.

Lo que vemos en el espejo como nuestra imagen no es, en el límite, más

que una metáfora de nuestro doble. Pero nuestro doble, cuando uno lo encuentra, es algo absolutamente terrorífico. Freud lo había comprobado, dedicando todo su interés por las historias de dobles que resurgen constantemente en el trabajo. Lo *siniestro*, que lo señalan en forma fundamental. Pero creo que incluso no debemos detenernos sobre esta forma del encuentro con el doble, que, una vez más, es una representación imaginaria. Creo que lo que aparece en el momento del reencuentro con el doble es precisamente el sujeto, ya que es en el momento en que “eso” dice “je”. Es decir en el momento que existe esa separación entre el fantasma y la vida o el cuerpo. ¿Qué es lo más importante?, ¿la organización significativa, o nuestra parte de sombra, es decir nuestro cuerpo de objeto? Una forma inorganizada y que sin embargo corresponde. *Je* es la separación entre esos dos cuerpos, y cuando se encuentra al *je*, es decir cuando uno ve a su doble, es la angustia.

En Lo *siniestro* Freud\* señala correctamente que lo más angustioso es lo que está más cerca de nosotros mismos. Da como interpretación que lo prueba el encuentro con el sexo femenino, o sea nuestra patria de origen o nuestra casa de origen, ya que en el término de *Heimlich* lo que se evoca es, sin duda, la imagen de casa. Pero pienso que aquí, en este caso, se trata una vez más de una metáfora: que lo dicho por esta imagen del sexo femenino como nuestro lugar de origen, es siempre lo que metafóricamente se puede designar como nuestro lugar de origen pero éste es el punto de separación entre el significante y el objeto.

Propiamente hablando: *je*. Y cuando uno lo encuentra lo que surge es el pánico. Es lo que está más cercano a nosotros y que cuando estamos bien despiertos mantenemos a buena distancia.

Considero que esa toma en consideración del doble es algo totalmente necesario, ya que en sí en nuestra experiencia hay algo que es reencontrado como división entre algo que se dice y algo que no se dice, algo que puede re-

---

\* N. de R.: Título original en alemán: *Das Unheimliche*.

presentarse y algo que carece de forma. Es siempre en esa dimensión donde va a inscribirse lo que después pensamos como otra división. Quiero decir la división entre yo (*moi*) y los otros y sobre todo la división sexual.

Pienso en diferentes formas muy antiguas de reconocer y negar nuestra división, que ponen siempre en juego ya el sexo, o la figura del andrógino o del hermafrodita, es decir la del ser completo que hubo de cortarse en dos para hacer por un lado al hombre y por otro a la mujer. Pero están también los dos rostros, siempre uno de luz y otro de sombra, es decir el uno de organización significativa y el otro de objeto y allí podemos dejarnos llevar a muchas asociaciones.

Lo que me parece importante de comprender bien es el hecho de que *je*, desde donde habla el inconciente, no es nada más que esa línea de división entre nuestra cara significativa y nuestra cara de sombra, es decir entre algo que sería nuestro cuerpo y su doble.

Me detengo aquí porque pienso que podemos, a partir de este modelo, reconstruir todos los conceptos que pueden surgir para protegernos de ese terror que nos domina cuando nos encontramos con todo lo que surge a título de la subjetividad o de la construcción del *moi*: surge ya ahí como algo que en cierto modo nos oculta la profunda angustia que es la del surgimiento del *je*. Sin embargo, el objetivo del análisis es, de un modo u otro, el de ofrecer un lugar —en el sentido metafórico del término, quiero decir la sesión, la cura analítica—, en el que *je* pueda decirse, es decir donde el inconciente mismo pueda hablar con su parte de luz pero que al mismo tiempo esté presente su parte de sombra.

Quisiera añadir algo. El loco es sin duda quien carece de doble o aquel que ha perdido su doble. Aquél para quien no ha habido castración primaria, para quien no está asegurado en ningún lugar en el discurso del otro esta diferencia entre el significativo y el objeto, es decir, donde no hay lugar para el falo.



## INTERVENCIONES

*N. N.* — El *je* como la división entre el significante y el objeto no me hace aparecer la actividad del deseo inconciente, el sujeto del inconciente como sujeto de deseo inconciente.

*S. L.* — Sin embargo, es entre el significante y el objeto donde existe la tensión mayor. Considerémoslo nuevamente en forma topológica. Si nos representamos el cuerpo significante, la organización significante inconciente como una superficie afectada por agujeros donde la comunicación se realiza de un borde al otro a través de los agujeros, es posible representarse o concebir que la fuerza, en el sentido de la fuerza de un campo magnético, es más intensa en el lugar donde se encuentran los agujeros, es decir allí donde hay una diferencia de tensión entre una superficie y la otra. Si podemos representarnos lo que es la fuerza pulsional, se trata de la diferencia de tensión que existe entre el objeto y la organización significante. Es decir, entre lo que es siempre dejado de lado, como si hubiese —para retomar otra imagen— una protesta fundamental de lo que es dejado de lado, una especie de grito inarticulado. El doble es sumamente abandonico y todo el tiempo se la pasa gritando. Saben ustedes que los fantasmas de los castillos se pasan haciendo un ruido terrible. La fuerza está allí y si ustedes han visto cine de terror, saben que se intenta controlar esa fuerza y que cuando no se logra hacerlo, el fantasma tiene pleno éxito en demoler el castillo o a aquellos que fueron a estudiar el problema de los fantasmas. Observamos allí un ejemplo que muestra con claridad de qué se trata cuando se habla de fuerza pulsional. El deseo es una primera organización de esos diferentes lugares de fuerza pulsional y el sujeto merece bien el nombre de sujeto del deseo, ya que el sujeto es efectivamente lo que mantiene esta separación. Es lo que impide que exista una confusión entre el cuerpo y su doble. Cuando por una razón u otra esa distinción no existe, no hay sujeto y nuevamente lo que se observa es el campo del psicótico, en el cual y propiamente hablando, no es posible decir que haya deseo.

*N. N.* — ¿Por qué no hay deseo en el caso del psicótico?

*S. L.* — Ya que está capturado sólo en el deseo de los otros, es decir que

sólo hay yo, sólo hay división entre esa figura híbrida que él es, esa especie de andrógino y el discurso del cuerpo de los otros. La división es desplazada entre él, que no es ni un fantasma ni un cuerpo, y el cuerpo de los otros. Es decir que se encuentra totalmente alienado en el deseo de los otros.

N. N. — ¿De los otros o del otro?

S. L. — El paranoico piensa que se trata del Otro.

N. N. — Con relación a ese ser impersonal que sostiene la cadena del discurso, ¿qué lugar se le asigna a la experiencia, al aprendizaje, que son problemas de la práctica diaria del psicoanálisis y a las emociones elementales o básicas con que nos topamos en la práctica, la angustia, la envidia? Fundamentalmente, por ejemplo, la envidia como sentimiento patogénico. Si no se utilizan otros atributos que el gramatical del sujeto, ¿qué lugar cabe entonces a la experiencia y el aprendizaje, concebido el sujeto como una figura gramatical suturante?

S. L. — El enunciado que “yo sutura” es el problema de Jacques Alain Miller, que tiene una gran familiaridad con el psicoanálisis .y una angustia extrema —no divulgo nada, estoy diciendo lo que él mismo dice— de ser confrontado con la experiencia analítica. Incluso encontró la razón absoluta para evitar este problema del sujeto, es decir para suturarlo, casándose con la hija del único analista que él reconoce. En relación con lo cual él mismo dice que se trata de su defensa. Es lo que le impide en absoluto ser totalmente clarividente, pero la fórmula *je suture* es una fórmula invertida, ya que *je* divide. Ahora bien, la aseveración de que *je* es una ‘función gramatical es algo más difícil de analizar. Creo que es un progreso haber dicho esto en relación con la representación que nos hacíamos acerca del yo como foco de identificaciones imaginarias. Pero entonces nos capturamos en el discurso de la gramática. En relación con esto sentiría la tentación de seguir a Derrida e interrogarme acerca de lo que es la gramática, es decir la ciencia de lo que está inscrito, problema muy freudiano. Pero en ese momento lo que aparece —y que para nosotros analistas es sumamente importante— no es simplemente el hecho de que una inscripción remite a otra inscripción, sino que toda inscripción marca en sí una

separación en relación con el objeto, es decir da nacimiento o remite a algo del orden del objeto. Que el sujeto esté ligado a algo del orden de la inscripción, puede permitir decir que es gramatical, es decir que está ligado a algo del orden de la inscripción, pero si nos limitamos a esta fórmula en términos gramaticales, nos mantendremos en un sistema de puros significantes, es decir que se dejará de lado lo que tiene que ver con el objeto.

Ahora, en cuanto a los afectos y sentimientos que usted evocaba, en particular la envidia, es decir esa tensión muy intensa de tener algo, pienso que es más pertinente localizarla en esa tensión fundamental entre el objeto y el significante y oírla como el grito del fantasma que solicita reencontrar su cuerpo de significantes. Pienso que ello tendría el mérito de permitir una articulación correcta de lo que se designa como afectos con la fuerza pulsional, ya que cuando se habla de afecto, a partir de Freud, en general uno se contenta con describir los efectos de esa fuerza, tal como se suele describir a las olas sobre el mar, que son un efecto de una fuerza que es, por ejemplo, la del viento, o también el desplazamiento del aire cuando avanza un auto, pues cuando se habla del afecto en la mayor parte de los casos se toma en cuenta ese “desplazamiento del aire”, olvidando la fuerza de la que ese síntoma es la manifestación aparente. Uno ve un movimiento y se limita a decir, “he aquí un movimiento”, pero lo que importa para un análisis es saber qué causa ese movimiento.

N. N. — Yo quería preguntar si es con relación a la primera etapa, es decir antes del espejo, con el chupete, que el doctor Leclair ha usado la palabra de transmutación o cambio del objeto de necesidad en objeto de deseo; si a partir del espejo y con el lenguaje aparece *l'imaginaire*; si esas dos cosas son necesarias, la transmutación del objeto y el espejo, para producir lo imaginario. Cómo vincular la evolución del cuerpo en el primer año con la cuestión de los significantes.

S. L. — Creo que es importante recordar que el punto de vista genético siempre tiende a poner en juego una temporalidad solamente conciente, que se

traduce a través de un término llamado desarrollo. Es un punto de vista que los psicoanalistas no pueden sostener en forma exclusiva, ya que la temporalidad con la que tenemos que vérnosla es, en primer lugar, una temporalidad inconciente. Incluso antes de que el niño haya nacido, incluso antes de que sea concebido, esta división del sujeto existe. Esta división que hace que el orden del discurso mantenga en algún lugar al reino de la sombra, en la medida al menos en que los padres sostengan algo en relación con ese deseo. Todo lo que se puede describir entonces y que suele surgir en el sistema de pensamiento basado en el desarrollo, se limita a describir momentos privilegiados en los que se produce una mutación, lo que se llama una toma de conciencia, una toma de lugar del sujeto, que termina en que el discurso del otro sea tomado en cuenta en forma nueva y singular.

Usted se refiere al estadio del espejo, del que Lacan dice que se trata de un momento ejemplar: es estructurante porque algo puede decirse y se dice, en ese momento, en lo referente a una relación con el doble, es decir de un cierto advenimiento del sujeto, bajo la forma de esta imagen del doble que sería la imagen en el espejo.

En lo que usted evoca relativo a la transformación del objeto, no creo que se trate de una transformación. No creo que se trate de una trasmutación.

Creo que en un primer momento el objeto es ese otro con minúscula y que todo el trabajo que se realiza a posteriori consiste en reconocer o negar su status fundamental de objeto, es decir de otro.

En la experiencia que usted evoca del objeto oral, la tetina es desde un comienzo un objeto sustitutivo y todo objeto es siempre sustitutivo, incluso el pecho, ya que el pecho siempre es sustitutivo de un mítico primer pecho. Es decir que nunca es el objeto, en la medida en que el sujeto se encuentra en un mundo de lenguaje, otra cosa que un reemplazante de algo que no está allí. Y viene a ocupar un lugar muy intensamente en lo que yo designé como campos magnéticos de fuerzas pulsionales, es decir en ese lugar del agujero, en la superficie del cuerpo. O sea que la experiencia del objeto oral es desde un primer momento una experiencia de insatisfacción pulsional.

N. N. — Como el doctor Leclaire hablaba del objeto, yo quería sobre todo preguntar si había una dialéctica, una relación, entre estas tres épocas: el nacimiento, a los 6 meses el espejo, al año el lenguaje, y si esto no está en relación con los tres momentos que Lacan describe, la privación, la frustración y la castración. Es decir un tema que a mí me interesa tanto: la prematuración del cuerpo, sería entonces el origen de todo este teatro fantasmático donde estamos condenados a vivir.

S. L. — La prematuración pone esencialmente de manifiesto el estado de dependencia en relación con el discurso inconciente del otro. Es cierto que la prematuración del niño es particular en lo que se refiere al reino animal, pero es particular por lo que pone de manifiesto: lo que ella dice, es esencialmente la dependencia en relación con el discurso del deseo del otro. Esa dependencia nunca será superada, es constitutiva. El sujeto del inconciente da un status a esta dependencia y para retomar la fantasía de *Matan un niño*, el discurso del otro debe ser siempre destruido en un punto para que *je* pueda advenir, pero nunca es destruido.

N. N. — Ya que usted habló de *Lo siniestro* de Freud, allí aparece otro tiempo y otro espacio, el espacio del laberinto en la experiencia de Freud y el tiempo de la repetición.

S. L. —No, creo que es el espacio del discurso del otro, que el laberinto es el de los significantes del deseo del otro. El juego del laberinto en los parques de diversiones está organizado en la actualidad con espejos o vidrios transparentes y hay siempre un momento de terror cuando uno encuentra al doble que viene, pero con la organización del laberinto que ha sido realizada por el otro.

Lo que yo destaco sobre todo es algo acerca del carácter no individual de la estructura del inconciente. La semana pasada se nos había ocurrido decir que en la relación con el inconciente no había individuo, es decir unidades

indivisas, sino únicamente —y fue Baranger el que propuso el término— *divi-duos*. O sea, puntos de ruptura que marcan accesos presentes al inconciente.

Al decir lo que acabo de decir pongo el acento en algo que se olvida, a saber que el inconciente no es “yo como it”. La estructura del inconciente, su organización significativa, su cuerpo de objeto, su instancia subjetiva, no hace más que producir constantemente unidades fantaseadas. Y yo diría, incluso, que tal es su actividad principal. Pero el sujeto de individuo, es decir, el concepto del sujeto en el sentido tradicional del término, requiere que sea comprendido en su significado a partir de su verdadera naturaleza, o sea como una producción secundaria de los procesos inconcientes. Tenemos que tener en cuenta esto, ya que es de allí de donde partimos en nuestro trabajo. Lo que encontramos primero es precisamente un *moi*, o sea una construcción imaginaria que trabaja e intenta hacer pasar o recibir algo del deseo a través de las elaboraciones fantaseadas.

El *je* no adviene en la división, *Es* la división. Y es en la división que se produce donde viene a ubicarse todo lo que es del orden de las fantasías de unidad, de totalidad. Por eso evocaba la figura del andrógino, del andrógino primitivo. Viene allí realmente como respuesta al *je* como división.

*N. N.* — Refiere a la angustia como el desencadenamiento de un casi irresistible deseo de muerte.

*S. L.* — Sin duda, cuando yo describía el estado de angustia paroxística que yo formularía como un estado subjetivo puro, tenemos allí el ejemplo mayor fundamental, del surgimiento de la pulsión de muerte, ya que la pulsión de muerte es esta fuerza que apunta siempre al punto de origen y el punto de origen aparece sólo en esta división. Simplemente en ese estado de angustia paroxística hay un cortocircuito debido a que el deseo del otro, el discurso del deseo del otro, parece haberse desvanecido, ya que la pulsión de muerte apunta sin duda a la representación narcisista primaria que forma parte del discurso inconciente del otro. Y allí encontramos en una forma más rigurosa al Otro, pero que siempre está sostenido por otros sujetos, otros sujetos deseantes. Otro.

Yo me refería recién a la paranoia; es una forma subjetiva de excluir al

*N.N.* — La noción de objeto evoca objeto del deseo inconciente; ¿y nuestro cuerpo objetal se puede concebir como objeto o colección de objetos de deseo de quién?

*S.L.* — De los otros como otros sujetos del inconciente. Es efectivamente así como comienza toda historia. Un niño acude a ese lugar...

*N.N.* — Me pareció muy importante cuando usted se refirió a lo genético Como algo abordado desde el punto de vista de la conciencia. Lo considero un punto de entrecruzamiento nodal para entender la diferencia entre la concepción psicoanalítica y la psicología epistemológica; marca la diferencia con Piaget. Pero hay muchísimo equívoco porque los textos de Freud se remiten continuamente a lo genético —por ejemplo en los *Tres ensayos*— de una manera tal que daría la impresión que el psicoanálisis hablara desde el punto de vista de una genética o de un factor de maduración. Este es un equívoco sobre el cual me gustaría escuchar su opinión.

*S.L.* — Creo que Freud era neurofisiólogo y que a lo largo de toda su experiencia utilizó conceptos tomados de otros campos. Por otra parte no existe otra posibilidad alternativa, pero hay que ser muy vigilantes en lo que se refiere a este riesgo.

*Serge Leclaire*

*Traducido por Víctor Fishman*